

UN PAR DE PICHONES ⁽¹⁾

(CUENTO DEDICADO Á MI SOBRINA ELISA GRAU Y PARDO)

No te figures, Lila, que voy á llevarte á cazar palomas. Se trata lisa y llanamente de entrar en una cocina de Santafé, en 1808.

Era un cuarto grande de ennegrecidas paredes: pabellón coronado por unachimenea de ladrillo; ancha hornilla en que hervía un puchero á fuego lento; sumidero que caía alcorral vecino; piedras para moler maíz y cacao asentadas en sus respectivos payos; horno como para un amasadero de pan; mesa negra y reluciente de puro limpia; tablas que, formando ángulos rectos con las paredes, servían de aparadores para la vajilla, y finalmente, escaparatón cerrado para guardar las provisiones.

Junto á la ancha ventana estaba una silleta sobre una estera muy limpia; y sentada en la silleta una señora como de cincuenta años, fresca aún, dando órdenes á un chico galopín de cocina, que aún no habría cumplido diez.

Daban las doce en las torres de las iglesias de la capital del Nuevo Reino de Granada. Doña Catarina se arrodilló devotamente sobre la estera que cubría al pie de su asiento los ladrillos de la cocina; rezó el *ángelus*, contestándole el rapazuelo, y después de concluída la salutación angélica, púsose de pie, se acercó á la hornilla, levantó un tiesto que servía, con una hoja de repollo interpuesta, de tapadera á la olla que hervía en el fuego; examinó el contenido de ella, volviéndola á tapar cuidadosamente, y mandó al rapaz que avivase la lumbre, mientras ella colocaba sobre una hoja de lata algunas brasas que puso encima de una cazuela que humeaba al lado del puchero.

—Anda á ver si ya Joaquinita puso la mesa, que ya le siento las pisadas á tu amo, dijo al muchacho.

(1) Este cuento, una de las joyas de la literatura nacional, en su género, se publicó en el *Repertorio Colombiano*. La generación actual no lo conoce. En obsequio suyo, lo reproducimos aquí.

—Sí, mi señora, contestó éste, y salió á desempeñar su encargo.

Entre tanto Doña Catarina iba y venía con la rapidez de una ardilla, se acercaba á la mesa, limpiaba cuidadosamente los platos y volvía á la hornilla á inspeccionar olla y cazuela.

Tras breve espacio volvió el muchacho con la noticia de que la mesa estaba lista; pero como Doña Catarina no podía ver á nadie, salvo á su marido, mano sobre mano, dijo al chico:

—Vuélve á soplar.

Cogió éste los fuelles, se encaramó en un banquito para alcanzar á la hornilla y se puso á soplar con el brío de los muchachos.

—No tan recio, no tan recio, dijo Doña Catarina. ¿No ves, muchachito, que estás levantando un cenicero infernal y me vas á dañar el arroz á la valenciana? Pasito, pasito.

—Sí, mi señora, contestó el chico, y amainó en su furia de soplar.

—Doña Catana, Doña Catana, gritó á la sazón una alegre voz de hombre. ¿Ya está ese puchero?

—Ya está ahí el viejo, murmuró Doña Catarina, y la comida en veremos.... Mientras él reza las letanías se acabará de cocer esto; y alzando la voz agregó: ten paciencia, Pedro; con la paciencia todo se alcanza....

—Menos á misa, contestó D. Pedro.—Se me figura, cuando recetas paciencia, que eres el Diablo predicador.

—Como tú eres Pedro pachorra....

—No me quiero volver viejo antes de tiempo.

—Volverte viejo! Malhaya el niño chiquito!—No te cuecen ya ni en tres aguas; antes se cocería el gallo de la pasión....

—Acuérdate, Catarina, de que me llamo Pedro; y eso del gallo de la pasión puedo tomarlo como indirecta.

—Tómalo como quieras, y déjame en paz. Apúra, Mi-guelito.

Miguelito volvió á soplar con furia, la nube de ceniza volvió á levantarse; y Doña Catarina, que no era muy sufrida, dio un pellizco al chico.

—Ay ! ay ! gritó el muchacho.

—Doña Catana—dijo D. Pedro :— que no sean parte á hacer la comida los pellizcos al rapaz.

—Ya está el viejo con sus consejos ; pues vén tú á soplar.

—Eso si no, mujer ; primero está rezar las letanías.

—Y después comerte el puchero.

—Cuenta cabal.

Mientras Doña Catarina, afanada por la comida, acababa de aderezarla, D. Pedro entonó las letanías mayores. Largo espacio le queda para rezarlas cantando y sin perdonar á ningún santo el *ora pro nobis*, ni á ningún grupo el *orate*; y éste lo aprovecharemos en dar al lector noticia de nuestro par de pichones.

Era D. Pedro un andalúz chiquitín y vivaracho en los movimientos ; pero de tan buena pasta, que nunca se afanaba aunque le pasaran por encima carros y carretas, al decir de Doña Catarina, su mujer, dejando á ésta que se afanara por él y por ella. Llevaba de vivir en Santafé treinta años ; y de éstos veintiocho de casado ; así, no es extraño que ya tuviese un hijo clérigo, cura de un pueblecillo de indios, y tres hijas casadas, la mayor con un rico agricultor, la segunda con un abogado de poca clientela y la tercera con un arbitrista, que es lo mismo que decir que este último no tenía oficio ni beneficio. Completaban la familia tres hijas solteras bastante bien parecidas, entre las que había dos casaderas y una volantona. Habitaban un caserón bastante bueno, dote de Doña Catarina, y tan grande, que puede decirse que las tres cuartas partes de la casa estaban vacías, aunque en la planta baja habitasen sendos cuartos cuatro viejas pobrísimas : beata de Santo Domingo la una, que vivía rodeada de gatos ; alfeñiquera la otra, que se la pasaba fabricando rosas y pájaros, corderillos y mu-

ñecas de azúcar, que eran la delicia de los niños de Santafé ; tejedora de encajes de bolillo la tercera ; y la cuarta vendedora de ropas usadas de señoras, y mandadera de monjas ; industrias que apenas les producían escasamente con qué agonizar de hambre, siendo la peor engastada de todas la beata de Santo Domingo, quien solía ponerse en cuatro reales á cada parto de la gata, vendiendo la cría ; y si no hubiera contado con un plato de pitanza que le daban los padres dominicanos, ella y sus gatos hubieran perecido de hambre, porque Doña Catarina no podía extender su caridad hasta más allá de darles la vivienda de balde. En la planta alta tenía departamento espacioso un clérigo viejísimo, y tan pobre, que vivía de dos ó tres misas que le pagaban en cada mes, y de una escasa ración que con la vendedora de ropas le enviaban diariamente las monjas del Carmen. El resto de la parte ocupada de la casa lo habitaban D. Pedro, Doña Catarina y las tres hijas solteras. No tenía para vivir aquel matrimonio sino cuarenta duros que ganaba de sueldo D. Pedro en un destinillo en la casa de Moneda, y seis pesos en que arrendaban seis tiendas que tenía la casa.

Bien se comprenderá que con tan escasa renta no habría en aquella familia para dibujos, y mucho menos teniendo que auxiliar constantemente á la hija casada con el arbitrista, quien, por más que se devanaba los sesos, no hallaba modo de arbitrar recursos para vivir ; pero Doña Catarina tenía en su casa tal orden y economía, que si no le sobraba nada, tampoco le faltaba. Ella con sus hijas solteras atendía á todos los oficios domésticos, y únicamente se permitía para su servicio un rapazuelo de pocos años que hacía de mandadero y de galopín de cocina, á quien ella llevaba al reventón con los quehaceres de la casa ; y tenía por costumbre cambiar frecuentemente de ministerio. Como no deja de ser curiosa la manera de hacer el cambio, no la pasaremos en silencio ; pero antes diremos que Doña Catarina tenía asentados sus reales en la cocina, y



cuando no estaba apedazando medias, atendía á hacer la comida; y gritando sin cesar daba órdenes para que nadie estuviese sin oficio. El galopín la acompañaba siempre, y era éste su ayudante de campo, dispuesto á volar, según los mandatos de su señora.

Hé aquí el procedimiento para el cambio ministerial:

—Miguelito, alcánzame una pastilla de chocolate, decía infaliblemente Doña Catarina el día primero de cada mes, como cosa de revista de comisario.

Miguelito se acercaba al escaparate, pugnaba por alcanzar á la tercera tabla de él, en donde estaba siempre el talego, y como no lo lograra, sonreía Doña Catarina con satisfacción, se levantaba de su asiento y desempeñaba ella misma el encargo que había dado al rapazuelo.

Por fin llegaba día en que Miguelito ó el que lo reemplazase alcanzaba á la tercera tabla del armario, en virtud de que el chico iba creciendo.—Venía éste triunfante á presentar como un trofeo la pastilla á su señora, sin sospechar que el apogeo de su triunfo sería el momento de la crisis ministerial, porque el chico se veía despedido sin misericordia, pues ya había llegado á la medida, sin que valiesen empeños ni lágrimas para ablandar á la inflexible matrona. La madre del muchacho, que había sido llamada para entregárselo, salía mohina y él lloroso, pero no había remedio: Doña Catarina se mantenía en sus trece.

El mismo día se encargaba del ministerio otro galopín que no pudiese llegar á la tercera tabla del escaparate.

Si hicieran lo mismo los gobiernos, de cambiar de Ministros cuando ya éstos logran meter la mano en el talego, otro gallo nos cantara.

Supóngase el lector si habría paz en aquella casa colonial sin criados, sin chismes, sin raterías, sin quien aplicara el oído á las puertas ni el ojo á las cerraduras; pues ha de saberse que aunque vivían en la casa las cuatro viejas semi-indigentes de que hemos hablado, ni éstas subían las escaleras, salvo la mandadera de monjas á llevar al clérigo su

ración, ni las pobres viejas de antaño eran de la estofa de las viejas pobres de ogaño; y el espíritu de orden de Doña Catarina era tal, que no hubiera permitido la menor infracción á sus mandatos.

La matrona iba todos los días á misa de cinco á Santo Domingo; y entre tanto quedaba D. Pedro montando guardia en la casa; á las cinco y media lo relevaba ella; y después de desayunarlo con una jícara de chocolate, si no era día de comunión, lo mandaba á que oyese misa, y de la iglesia venía el andaluz á las siete á almorzar para concurrir á la oficina desde las ocho. Trabajaba allí hasta la primera campanada de las doce; y tras el *ángelus*, que rezaba poniéndose ya la capa color de pulga y el sombrero cubano de paja, de copa alta y ala estrecha, se dirigía á su casa á pasitrote en busca de la comida. Al llegar á ella doblaba cuidadosamente la capa; reemplazaba el sombrero con un gorro de dormir de tejido de media, y frotándose las manos de contento, por la vuelta al hogar, ocupaba su sillón en el corredor de la cocina, decía tres ó cuatro piropos cariñosos á su mujer y cantaba las letanías de todos los santos, teniendo cuidado de decir todos los días tras el primer *ora pro nobis* la advertencia siguiente:

“En el *nobis* entiéndase que pido por Catarina y por mí, por mi hijo clérigo, por mis hijas casadas y por sus maridos, por los hijos que tienen y vayan teniendo, por mis hijas solteras, por mis cinco huéspedes, por Miguelito y por nuestro católico Monarca. Amén.”

Y como lo hemos dejado en el momento de empezar las letanías, veamos en qué paran éstas.

—*Sancta Agnes—Ora pro nobis—Sancta Cecilia—Ora pro nobis*, cantó D. Pedro.

—Eso es! ya llega, murmuró Doña Catarina—Apúra, Miguelito.

D. Pedro siguió cantando.

—*Sancta Catharina—Ora pro nobis—Sancta Catharina—Ora pro nobis—Santa Catharina—Ora pro nobis*.

—Ya te entiendo, dijo Doña Catarina—Miguelito, alcánzame la bandeja grande, pero cuidado con romperla.

El chico obedeció. Ya Doña Catarina había bajado de la hornilla la olla del puchero, la colocó sobre la mesa en una *chipa* ó rueda para que no se volcase; y se puso á arreglarlo artísticamente, en lo que era muy hábil, pues sabía que la comida entra antes por los ojos que por la boca. Seducen tanto las formas, que, debido á ellas, comemos sin inconveniente los platos de la cocina moderna, á pesar de que los hay que saben á aguarrás, á jabón de alicante, á ungüento amarillo, y aun á azafétida, sin que falte alguno que apeste á amoníaco.

Por la misma razón de las formas nos enamoramos los hombres de mujeres insípidas; y las mujeres se encaprichan por hombres más burdos que una almohaza.

Arreglada convenientemente la comida, emprendió viaje Doña Catarina para el comedor, echando por delante á Miguelito y á Joaquinita, la hija menor. Cuando pasó el convoy culinario por delante de D. Pedro, decía éste:

—*Christe audi nos.*

—Ya te oyó Dios, ya te oyó Dios. Ahora te estarás ahí repantigado. Muévete, Pedro.

—No padezcas afán, Doña Catana, que en castigo de ello y de que con ello atormentas al prójimo, mi *tocayo*, el portero del cielo, te ha de tener de plantón en la portería por años y navidades.

—A ti será, Pedro, al que dejan en la puerta como á las vírgenes necias. Como yo madrugo y hago las cosas con tiempo, y tengo aceite en mi lámpara, estoy segura, con la misericordia de Dios Nuestro Señor, de conseguir un puestecito más adentro; pero déjame pasar, Pedro.

D. Pedro, por vía de broma, había apoyado los pies en el barandal del corredor, formando así una barrera infranqueable para Doña Catarina, que iba á la retaguardia del convoy como experimentado maestro de campo.

—Quiere decir que buscarás dos puestos, uno para ti y otro para mí, porque tú sin tu Pedro no puedes vivir, dijo-

la cariñosamente, y recogió las piernas para que ella pasase por el angosto corredor; pero cuando ya hubo pasado, casi crucificada porque llevaba la ancha fuente, levantóse de su sillón, acercósele por detrás y le tapó los ojos con las manos.

—Sosiégate, Pedro, que me haces romper la bandeja y regar el puchero.

—Y qué bien que huele! como hecho por ti, dijo D. Pedro al destaparle los ojos.

—Hambre atrasada que tendrás, replicó ella.

—Suponte si nó.... con el sueldazo que me paga el Rey.

—No te quejes, Pedro; peor fuera nada.

—No me quejo, mujer; pero sí quisiera que los cuarenta patacones se convirtieran en ochenta.

—Pues pónlos delante del espejo.

—Convenido, y yo te doy para el mercado los cuarenta del espejo.

—Y tú te contentarás con ensalada de cruces.

—Y pondremos en la puerta un cartel que diga que vendemos saliva en ayunas.

—No seas sucio, Pedro. Hablar de saliva á la hora de comer.

—Vaya un remilgo. ¿Y sin saliva en la boca podrías comer?

—Doña Catarina no le contestó, y dijo á Miguelito:

—Vé á cerrar la puerta de la calle; pero échale bien el palo al portón, no vaya á quedarse abierto; lláma á las niñas á comer; no se te olvide la comida para el gato, ni la sopa para la lora; repára si el mico está menos triste; échale el *aunche* á las gallinas; pero pronto, ya estás aquí.

—¿Qué hago primero, mi señora? preguntó el galopín.

—Ah, tunante, cerrar el portón.

El chico salió corriendo.

—Razón tiene el rapaz, dijo D. Pedro: le mandas tantas cosas á un tiempo, que lo aturdirías si no fuera tan despierto.

—Eso es; por eso alzan el gallo estos muchachos....
Tú para dañar criados te pintas.

—Dices estos muchachos como si fueran muchos....
Muy poco hay que dañar aquí, observó D. Pedro al empezar á comer; y después de haberse metido á la boca el primer bocado, agregó:—y qué bueno está tu tocino....

Doña Catarina, ocupada ya en servir los platos para los demás de la familia que aún no habían llegado, siguió en la laboriosa operación de partir los bocados para todos, porque en aquellos tiempos no se ponía en la mesa sino el cuchillo de repartir. Mas como tenía el genio vivo y era afanosísima, después de haber pasado un plato á Joaquinita, quien lo recibió y fue á comérselo en una mesa separada, por no haber llegado aún á la edad de sentarse con los mayores, salió á la puerta del comedor y empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—Chepita! Chepita! Concha! Concha! se enfría la comida!

—Pero, mujer, no metas tanta algarabía, ya sabes que humo, gotera y mujer vocinglera, echan al hombre de la casa afuera.

—Por eso será que apenas te sueltan el tramojo en la oficina, te vienes á oír la vocinglería de tu mujer.

Por fin llegaron las dos muchachas, envuelta la una en una mantilla de bayeta, y la otra con los rollizos brazos descubiertos y tan colorados, que parecía que iban á brotar sangre.

—Pero niñas, por la Virgen! esperan ustedes á que la comida se enfríe y no vienen á tiempo.

—Madre, contestó Concha, que era la que venía envuelta en la mantilla, yo estaba muy afanada porque se me estaban pasando las planchas; y tomó asiento después de haber saludado respetuosamente á su padre.

—¿Y tú? preguntó Doña Catarina á Chepita.

—No pude venir, madre, porque se zafó el tapón de la alberca, empezó á escaparse el agua y con ella algunos pares de medias que se fueron por la cañería.

—¿Y se perdieron?

—No, madre; logré cogerlos.

—Más cuidado en otra ocasión.

—Sí, señora; y Chepita fue á alabar á Dios de pie junto al sillón de su padre, quien la dijo:

—Vén á comer, muchacha, que estarás muerta de frío.
Chepita ocupó su puesto.

Acabada la comida, púsose de pie D. Pedro; su mujer y sus hijas hicieron otro tanto; rezó él un *Pater noster* por los muertos de la familia, y recitó una corta oración de acción de gracias por el beneficio que Dios acababa de conceder á aquella familia cristiana.

—Ahora sí, cada uno á su oficio, dijo Doña Catarina, —y tú, Joaquineja, vén á ayudarme á lavar los platos.

—¿Y yo qué oficio cojo? preguntó D. Pedro.

—Tú, véte á dormir la siesta.

D. Pedro tomaba un polvo de su caja de rapé y se dirigía á su alcoba, en donde permanecía hasta las dos de la tarde, hora de volver á la oficina.

A las cinco estaba de regreso en su casa, tomaba chocolate y se arrellanaba en la sala en su sillón, y la menor de sus hijas se sentaba á sus pies en un tapete para darle calor.

A las seis y media ó siete de la noche llegaban las hijas casadas, con sus maridos y dos ó tres amigos de la casa. Entre ellos era muy asiduo en sus visitas un joven colegial de San Bartolomé, de los que llamaban *capistas*, que es como si dijéramos externo, quien prendado de Chepita, la de los brazos rollizos, rara vez faltaba á la tertulia de D. Pedro, aunque no pudiese, por la vigilancia de Doña Catarina, decir al oído de la garrida muchacha la menor palabra confidencial. Era el estudiante gallardo, galante y decididor, y su continente tenía atractivo á pesar de que el pobrísimo vestido que gastaba no era parte á realzar su gallardía. Componíase éste de una esclavina ó capa corta de color de panza de burro, pantalones de marsella tan

amarilla como la yema de un huevo, y tan cortos, que dejaban ver los tobillos cubiertos con calcetines de hilo de Ramiriquí, que como saben los que alcanzaron á conocerlos, tenían la propiedad de no permanecer sujetos á la pierna sino descender en forma de rosca sobre el zapato, dándole al pie la apariencia de la pata de las palomas que los niños llaman calcetas, por tenerlas cubiertas de plumas. Finalmente calzaba zapatos de cordobán con orejillas sujetas con una estropeada cinta negra, y gastaba, en vez de sombrero, cachucha de paño azul. Dábale este vestido la apariencia de una sota de baraja española; pero así y todo era gallardo; y como tenía muy buenos modales y conversación fácil y agradable, hacía olvidar lo pobre, extravagante y raído de su vestimenta. Llamábanlo en casa de D. Pedro, el cucuteño, por ser oriundo de Cúcuta.

Tratábanlo con tal intimidad, que lo convidaban á rezar el rosario las noches que iba de visita; y después se completaba la velada con juegos de prenda que ponía el cucuteño, ó con la charla de D. Pedro, que acostumbraba á decir cuanto le saltaba en la mollera con toda la gracia y desenfado de los andaluces.

El cucuteño sabía rasguear la guitarra y cantar, y aunque pocas veces se prestaba á este ejercicio musical, porque tenía bastante talento para no volverse vulgar, cuando lo hacía era á maravilla.

A las ocho y media de la noche se despedían los tertulios de D. Pedro; y éste y su familia cenaban y se acostaban.

Una noche cantó el cucuteño una cancioncilla muy en boga en aquella época, llamada la *Cholita*, que fue el encanto de las dos hijas del andaluz, y que empezaba así:

Ay, ay, ay, ay, mi cholita,
Ay, ay que me muero de amor.
De esta suerte en contrarios afectos
Nos pasamos la vida los dos.

Al día siguiente; al entrar de misa, se topó D. Pedro en la escalera con el clérigo que bajaba, y después de saludarlo y de preguntarle cómo había sido la noche anterior, le dijo:

—Anoche oiría usted cantar al cucuteño, que nos cantó una linda canción; es un buen muchacho.

—Sí lo oí, y no me pareció maleja la voz; pero desconfió usted de él.

—¿Qué me quiere decir usted? preguntó D. Pedro alarmado.

—Nada, Sr. D. Pedro, sino que ese mocozeulo será la muerte de usted; témale usted á él y al número cuarenta.

Ríose D. Pedro y siguió su camino diciéndolo para su capote: de los cuarenta ya pasé hace más de veinte, conquese... Chocheras del Dr. Matute: está ya tan viejecito que raya en loco.

No poco rieron Doña Catarina y sus hijas de la advertencia del Dr. Matute; mas pronto la olvidaron.

Tiempo es ya de que digamos que el cucuteño se llamaba Francisco de Paula Santander.

Tal como lo hemos pintado, era el cuadro de la pacífica vida de aquella casa colonial.

Dos años después acontecieron los alborotos de Julio, y la prisión del Virrey Amar y de la Virreina, que no dejaron de llevar angustias á la casa de D. Pedro; mas éstas pasaron pronto, porque los patriotas de la *Patria Boba* fueron mansos corderos, y no sólo no persiguieron á los españoles, sino que algunos de ellos siguieron desempeñando sus destinos sin que les dijese esta boca es mía. De este número fue D. Pedro, quien siguió en su destinillo; y como en 1808, cantando las letanías mayores antes de comer, sin más variación en su casa que la muerte del Dr. Matute de puro viejo; y el nacimiento de algunos nietezuelos que hacían el encanto del anciano andaluz, cuando rodeaban su silla importunándolo para que les mostrase la caja de rapé, hecha de plata, en cuya tapa tenía grabada una cara que vista por un lado reía y vista por el otro lloraba.

El anciano había explicado á sus nietos que la cara que lloraba era la de Heráclito y la que reía la de Demócrito.

No queremos privar al lector de esas encantadoras escenas de familia en que el abuelo y los nietos jugaban como si la aurora y el ocaso de la vida se confundieran.

—Abuelito, quiero ver á *Heraco*, dijo una niña de cuatro años.

—Y yo á *Democo*, añadió un chiquillo de tres; y pugnaban entre ambos por treparse á la silla del abuelo, mientras éste sacaba la caja del bolsillo y teniéndola levantada en alto provocaba á los chicos, que armaban terrible algarabía en torno de él.

La chiquilla trataba de subirse á la silla y pescar la caja de rapé; el chiquillo se prendía de la chaqueta azul del abuelito y le desgarraba los bolsillos; y cuando ya estuvieron bien á caballo sobre las rodillas del anciano, el triunfo fue completo: se apoderaron de la caja, la abrieron, se la disputaron, derramaron el rapé, y rieron á carcajadas, en un concierto lleno de encanto, la niñez y la ancianidad.

D. Pedro pedía á Dios que aquella vida no se acabase nunca ni que los nietos crecieran jamás, sino que chiquitos y juguetones fueran á alegrar su vejez, aunque lo fatigasen con sus juegos.

Había llegado el año de 1816.

El Ejército pacificador ocupó casi sin resistencia el interior del Nuevo Reino de Granada; las reliquias del Ejército patriota se replegaron hacia el Sur y hacia el Oriente, y la venganza feroz asentó sus reales en la antes pacífica Colonia. El corazón de D. Pedro se contristaba con la persecución á los patriotas; las detonaciones de los fusiles que los sacrificaban en las plazas le llegaban al alma; y temía el día de las represalias, en que los españoles pacíficos serían víctimas de las venganzas. Siguió en su destino de la Casa de Moneda, y aunque los temores por lo por venir le asaltaban, olvidaba éstos al entrar en su hogar, en donde le esperaban su mujer, sus hijos y sus nietos para rodearlo de cariño y de respeto.

Llegó el año de 1819. Contaba D. Pedro á la sazón setenta y cuatro años, y el triunfo de los patriotas en Boyacá cayó como una bomba en aquel nido de palomas. Pensar en que emigrara D. Pedro era pensar en lo excusado. A su edad, y con hábitos sedentarios, aun suponiendo que tuviera á la mano todos los recursos imaginables, que no los tenía, hubiera podido cuando mucho andar la primera jornada y caer desfallecido de cansancio, expuesto á la saña de la soldadesca que, como lebreles hambrientos de sangre y venganza, se desparramaría por todas partes en busca de caza. Todo fue angustias en aquella familia: uno aconsejaba una cosa desalumbrada; á otro le ocurría otra no más atinada; y yernos é hijos todos hablaban y daban su opinión. La única persona que no habló fue Doña Catarina; pero ésta obraba con serenidad; y sin hacer caso de las opiniones y proyectos de los demás, disfrazó una noche á D. Pedro, y lo sacó para llevarlo á casa de un patriota amigo de ella que durante la persecución había hallado asilo seguro en casa de D. Pedro, y allí lo tuvo secuestrado de los suyos hasta el mes de Octubre de aquel año. Nadie se acordó del español, ni nadie lo buscó en su casa ni en la de sus allegados; y así Doña Catarina, tras una ausencia de dos meses, en que no fue á visitarlo para que sus visitas no lo denunciaran, lo trajo de noche y disfrazado á su hogar, en donde los recursos se habían reducido á su menor expresión, pues no pasaban de cinco pesos semanales que el yerno rico les daba como auxilio, y de diez pesos mensuales en que arrendaba Doña Catarina las seis tiendas que tenía la casa; pero el orden y la economía suplían lo que pudiese faltar, en términos que D. Pedro no llegó á sospechar jamás las angustias de Doña Catarina para subvenir á los gastos de la casa. Por demás está decir que el galopín fue suprimido. Una vieja tan modesta, económica y ordenada así, se quisieran para gobernar algunas repúblicas; pero como no todo lo que se quiere se puede, vamos andando el camino como Dios lo permite.

D. Pedro, sin oficio ni beneficio, gastaba el día rezando y jugando con los nietecitos que le llevaban para su solaz; y aunque no del todo tranquila, confiando en Dios, aquella familia iba pasando los días, cuidando siempre de que el anciano español no se dejase ver en la calle, no fuera á acontecerle lo que al infeliz Malpica, quien por haber dicho "atrás viene quien los endereza" el día en que fusilaban á los treinta y ocho prisioneros de Boyacá, completó el número treinta y nueve. Y aquí cabe decir que la predicción del clérigo Matute, de que tanto se habían reído unos años atrás, andaba en todas las bocas de los allegados de D. Pedro; y Santander, Jefe del Gobierno, y el número cuarenta, fueron la constante pesadilla de aquella atribulada casa. Por muchos días tuvieron colocada en la pared de la huerta una escalera de albañil, por la que Doña Catarina, sin contar con las setenta y cuatro navidades de su marido, se proponía hacerlo saltar á la huerta del vecino, al menor motivo de alarma que ocurriera; pero al fin y al cabo retiraron la escalera y la devolvieron á su dueño, esperando que el tiempo siguiera su curso, y, calmados los ánimos, tuviera D. Pedro libertad de salir á oír misa al Carmen, como había acostumbrado toda su vida. Mas no [las tenían todas consigo, y mantenían la puerta de la casa cerrada, y una de las muchachas de portera para abrir y cerrar á las viejas que seguían albergadas en la parte baja.

Mediaba el mes de Diciembre de 1819; y hallábase Concha en el corredor bajo recibiendo de una infeliz leñadora laurel, musgo y flores campesinas para adornar el nacimiento aquel año, cuando se presentó un personaje á quien la sorprendida muchacha no conoció por el momento. Era un hombre gallardo, como de treinta años, con un vestido entre civil y militar, pues gastaba sobre el uniforme capa de paisano y sombrero de felpa á la Bolívar. Con gran desembarazo penetró en la galería baja, sin esperar invitación para entrar, y tendió la mano á Concha, quien confusa dejó caer un ramillete de *pega-pega* y varitas de San José

que estaba formando; púsose de pie, miró al personaje, le dio la mano con timidez y lo miraba como si tratase de recordar aquella fisonomía que no le era del todo desconocida.

—Conchita, como que usted no conoce ya al cucuteño.

—El General Santander, el Excmo. Sr. Vicepresidente.

—Dejémonos de excelencias; el que tiene el honor de saludar á usted es lisa y llanamente el cucuteño de marras.

Habíanse acercado al pie de la ancha escalera de piedra de la casa. El General ofreció galantemente la mano á Concha para ayudarla á subir, y la pobre muchacha no sabía si estaba despierta ó dormida.

Al llegar á la sala, abrió Concha la mampara, invitó al General á sentarse y le pidió permiso para ir á avisar á Doña Catarina.

—Tenga usted la bondad de avisar también al Sr. D. Pedro.

Dejó caer la mampara la afligida muchacha, y con una mano puesta sobre el corazón, trémula y turbada, se dirigió al interior, en donde se encontraba D. Pedro rezando las letanías y Doña Catarina preparando la comida.

Concha llegó casi desfallecida junto al sillón de su padre y apenas pudo decirle:

—Padre! y rompió á llorar.

—¿Qué tienes, muchacha, estás con mal de corazón? le preguntó D. Pedro, y se puso de pie para auxiliarla, porque amagaba caer sin sentido.

—Padre, escóndase su merced!

—¿Que me esconda? ¿Y dónde quieres que me esconda? Catarina! Catarina!

—¿Qué te ocurre? preguntó Doña Catarina, y asomó la cabeza á la puerta.

—¿En dónde me escondo?

—¿Qué hay, pues? ¿qué hay? preguntó la matrona á Concha; y como ésta no le contestase, la sacudió fuertemente de un brazo.

—Hábla, muchacha! habla, por Dios!

—Madre.... el cucuteño.... en la sala.

—El cucuteño, y el número cuarenta! Vén conmigo, por aquí, dijo Doña Catarina, y cogió á D. Pedro de una mano y lo arrastró en pos de sí.

D. Pedro, aterrado, se dejó conducir por las habitaciones. Doña Catarina, en un abrir y cerrar de ojos, desocupó un arcón lleno de ropas, metió en él á D. Pedro y torció la llave.

El pobre andaluz, con la sorpresa y el miedo, había obedecido maquinalmente, pero cuando Doña Catarina dio vuelta á la llave comprendió que iba á morir asfixiado entre el arcón; y empezó á dar terribles puntapiés y á meter un ruido infernal.

—Cállate, Pedro, por Dios! dijo Doña Catarina acercando la boca lo más que pudo al baúl.

D. Pedro siguió pataleando con mayor furia, porque ya le faltaba el aire para respirar; y tanto hizo, que á la postre tuvo Doña Catarina que abrir el arcón; y el angustiado anciano sacó la cabeza, respiró con avidez el aire libre, se puso de pie y exclamó:

—Pero, mujer! ¡Esto es un asesinato! ¿No ves que me estaba ahogando? Es mejor morir fusilado una y mil veces; sí, sí, que vengan los insurgentes, me despedacen y se ceban en la sangre de este pobre viejo; que venga Santander á llevarme al patíbulo como al infeliz Malpica; sí, que venga Santander....

—Sr. D. Pedro, estoy á su mandar, dijo á la sazón el General Santander al entrar en la habitación, á donde se había dirigido llamado por el ruido y por las voces de D. Pedro.

Doña Catarina dio un salto y se interpuso entre el General y su marido, poseída de terror inexplicable. Con una mano procuraba detener al primero, y le dijo:

—Mi Pedro no va al patíbulo....

—Pero, señora....

Doña Catarina se volvió con rapidez y cerró la tapa del arcón sobre el infeliz español, que, desfallecido, se había

dejado caer en él; dióle vuelta á la llave, se sentó en el arcón y exclamó:

—De aquí no me moverá sino Dios con su poder!

—¿Pero qué está haciendo usted, Doña Catarina? preguntó Santander impaciente. Va usted á ahogar ese pobre anciano.

—Vale más que muera ahogado, y no fusilado en la plaza como los malhechores.

—¿Y quién va á fusilarlo? No se trata de eso, señora; he venido á ofrecer á ustedes mi protección y mis servicios....; pero abra usted, que se ahoga ese pobre caballero!

—¿Habla usted de veras? ¿No me engaña usted?

—Señora, le juro á usted, por Dios, que no vengo á hacerla mal; pero abra usted! abra usted!

Doña Catarina, por toda respuesta, abrió el arcón; pero no bien lo hubo abierto cuando extendió los brazos, se llevó las manos á la cabeza y exclamó:

—¡Muerto! ¡Está muerto!

Y cayó sin sentido á los pies del Vicepresidente.

La predicción del clérigo Matute estaba cumplida: D. Pedro había completado el número cuarenta de los españoles á quienes había hecho morir el General Santander, bien que á éste último sin más intención que el de hacerle favor y buena obra.

En vano procuró el General hacer volver á la vida al anciano: abrió los balcones, lo puso al aire y le echó agua en el rostro: el infeliz estaba ya en el otro mundo.

La confusión en aquella casa fue espantosa; las hijas del español dieron gritos, pidieron socorro; el General salió conmovido; la casa se llenó de gentes que, estupefactas, contemplaban á D. Pedro tendido en el suelo al lado de su esposa, sin que ninguno de los dos diese señales de vida.

Al cabo de una hora Doña Catarina volvió en su acuerdo, abrió los ojos y dijo:

—Yo maté á Pedro....

En seguida se incorporó, y sin que nadie intentara detenerla, se abrió paso por entre sus allegados; se dirigió á la sala en donde estaba el cadáver de D. Pedro amortajado con hábito franciscano; postróse de hinojos á su lado, con la cabeza baja, los labios apretados y los ojos fijos, sin que de ellos brotara ni una lágrima; y parecía resignada á doblar la cerviz ante aquella terrible prueba que Dios le enviaba para coronar con el martirio una vida que se había deslizado apacible y feliz.

Ruegos, súplicas y amenazas, todo se estrelló en aquella voluntad inquebrantable; y fue preciso sacar el cadáver en su presencia. Cuando llegó ese momento doloroso en que las hijas dieron rienda suelta á los lamentos y á las lágrimas, Doña Catarina, serena bajó la escalera detrás del féretro, sin dejar de mirar la plácida fisonomía del anciano. En llegando á la puerta exterior de la casa, hizo que los capuces descargaran el féretro, se inclinó sobre el cadáver, dióle un beso en la frente, y dijo:

—Hasta luego, Pedro....

En seguida subió la escalera y fue á sentarse, abismada en su dolor, en el arcón, sin atravesar palabra.

Así transcurrieron ocho horas; y aunque el padre Camero, de San Diego, su confesor, la exhortaba á la resignación, permaneció muda, sin que fuesen parte á llamarle la atención los nietezuelos más queridos que le traían las hijas y se los recostaban en las rodillas: mirábalos impasible y no hacía caso de ellos. Al fin lograron, á poder de ruegos, que reclinase la cabeza en una almohada, en la cual se quedó dormida; y tras un sueño de una hora, abrió los ojos, se incorporó, tendió los brazos y dijo:

—Ahí va Pedro....! mi Pedro....! el mío! y se hace sordo! no me oye! pero tiene razón.... yo le maté.... ya vuelve....! vuelve....! me llama....! ya voy....! ya voy....! Y reclinó la cabeza sobre el pecho de una de sus hijas para no volverla á levantar jamás.

Es fama que al siguiente día, cuando colocaron en la iglesia de La Candelaria su ataúd junto al de D. Pedro, la anciana sonrió de felicidad.

LUIS S. DE SILVESTRE

Agosto de 1886.

EL RELOJ ANTIGUO

(DE LONGFELLOW)

Distante de las calles de la aldea
Vetusta granja entre el verdor blanquea.
En el pórtico antiguo sombra oscura
Arroja de los álamos la frente,
En tanto que en el muro lentamente
Reloj antiguo sin cesar murmura:
“Nunca! Siempre!
Siempre! Nunca!”

De la meseta en la pared colgado
En su caja de roble deslustrado
Parece augusto monje penitente
Que, oculta en la cogulla la cabeza,
Con los brazos en cruz, murmura y reza
Salmos que escucha con pavor la gente:
“Siempre! Nunca!
Nunca! Siempre!”

Su voz resuena apenas en el día,
Mas en la calma de la noche umbría
Ese sonido solitario crece,
Se oye vagar por la pared desierta,
Por el piso y el techo; á cada puerta
Con marcado compás decir parece:

“Siempre! Nunca!
Nunca! Siempre!”